

música, baile, alegorías, comedia y tragedia, se incubaba el germen de una literatura, que de no haber en tiempo de Luis XIV adoptado la forma griega y latina, se hubiera desarrollado con un carácter de novedad verdaderamente original. *Los niños sin aprensión* representaban particularmente escenas del género cómico: su director se llamaba *rey de los tontos*, y en la capucha con que cubría su cabeza campeaban dos orejas de asno. Otra comparsa llamada de los *Cornudos* daba á su director el nombre de *Abad*. En las primeras ediciones de la obra intitulada *Mar de historias y crónicas de Francia*, pueden verse hermosas letras mayúsculas y viñetas que representan al *rey de los tontos* y escenas no muy castas. Nunca entre los antiguos fue el matrimonio asunto de bafa como entre los modernos, y particularmente entre los franceses: lo cual tal vez depende de que las mujeres no tomaban en la sociedad antigua una parte tan directa como en la moderna. No perdonó la comedia naciente ni los hombres, ni las cosas, y acomodándose con los ejemplos que tenía á la vista fue licenciosa como las costumbres, y audaz como las guerras civiles, entre cuyo estrépito acababa de desarrollarse. La tragedia se remontó á su mayor altura durante las turbulencias de la Fronda.

Tal fue el furor que esos espectáculos causaron en el pueblo, que todo el mundo quiso ser actor: príncipes, militares, magistrados, y hasta obispos hubo que quisieron ser contados en el número de los farfantes que formaban aquellas compañías, cuya profesión era libre. El ánimo iba pasando gradualmente desde los placeres materiales hasta la sublimidad de los de la inteligencia. Al moralizar el cristianismo las pasiones, las había modificado y combinado de una manera enteramente nueva: el ingenio podía beneficiar esa mina aun no explotada, cuyos filones eran inagotables.

Del punto á que la sociedad había llegado en tiempo de Carlos VII, era tan fácil llegar á la monarquía libre, como á la absoluta puede verse con toda claridad el punto de intercesión y de reunion de ambos caminos; pero la libertad hizo alto, y dejó que el poder pasara adelante. Despues de la confusión de las guerras civiles y extranjeras, despues de los desórdenes del feudalismo, natural era que las cosas convergieran hácia el principio de unidad gubernamental. La monarquía en aquel impulso de ascension debía remontarse al apogeo de su poder; debía destruir de todo punto la tiranía de la aristocracia, y hasta que el cetro empezara ya á grabitar á su vez demasiado sobre los pueblos, no le era dado á la libertad desplegar su bandera. Así es como en Francia se han ido normalmente sucediendo la aristocracia, la monarquía y la república, el noble, el rey el pueblo hasta que habiendo cada cual abusado sucesivamente del poder, se han convenido en adoptar una forma de gobierno que mantenga en armonía los tres elementos.

#### LUIS XI.

(Desde el 1461 al 1483)

Sobre el cadáver aun palpitante del feudalismo intentó Luis XI hacer el ensayo de la monarquía absoluta. Ese monarca singular, colocado entre la edad media que estaba espirando y los tiempos modernos que iban naciendo, sujetaba sobre el cadalso con una mano la antigua libertad de la clase noble, y con la otra arrojaba al río las nacientes franquicias populares: y sin embargo, esta le amaba, porque el rey al inmolar la aristocracia, halagaba la pasión democrática, la igualdad.

Ese personaje, único en los anales de Francia, no parece pertenecer á la serie de sus reyes: tirano, justiciero, de bajas costumbres, querido y despreciado

del populacho; mandando decapitar al condestable y aprisionar las urracas y los grajos que los habitantes de París habían enseñado á decir *«Marcha ladroni afuera Parrelle»*; espíritu solapado consumando grandes hechos con mezquinos agentes: convirtiendo sus barberos en ministros, el gran preboste en *compañero*, y dos verdugos, de los cuales el uno era alegre y el otro triste, en *compañeros*; remediando con su destreza lo que dañaba con su carácter, y enmendando como rey las faltas que cometía como hombre, presenta un raro conjunto de anomalías que apenas puede creerse que hayan estado reunidas en un solo sugeto. Présentalo la historia como bizarro caballero á los veinte años, y lleno de pueriles terrores al llegar á la vejez; espirando en un palacio rodeado de horcas, de jaulas de hierro, de trampas, de lazos y de cadenas, que el pueblo por ironía llamaba *niñas del rey*, en compañía de ermitaños, de empiricos y de astrólogos; muriendo despues de haber organizado la administracion, y creado manufacturas, y el sistema de caminos y postas, despues de haber dado el carácter de inamovilidad á la magistratura, fortificado el reino por medio de su política y sus armas y visto bajar al sepulcro sus rivales y enemigos, Eduardo de Inglaterra, Galeas de Milan, Juan de Aragon, Carlos de Borgoña y su heredero.... No puede menos de creerse que había algo de fatal en aquel monarca que *bonitamente* envenenó á su hermano, el duque de Guyena, cuando menos lo pensaba, rogando á la Virgen, su buena señora, su pequeña querida, su mejor amiga, le alcanzaran el perdón (BRANTOME). No fue solamente eso lo que Luis XI hizo *bonitamente*: «Aquel bárbaro hizo arrojar al río, despues del tratado de Conflans, muchos ciudadanos de París por sospecha de que eran partidarios de su enemigo atábanlos de dos en dos en un saco».

«Las grandes almas eligen atrevidamente favoritos ilustres y ministros que hayan merecido aplauso Luis XI no tuvo por confidentes ni ministros, mas que personas estraidas del cieno, cuyo corazón era muy inferior á su estado. Se han conocido pocos tiranos que hayan hecho morir mas gente por la mano de los verdugos, ó en medio de mas ingeniosos suplicios. Las crónicas de aquel tiempo cuentan hasta cuatro mil los vasallos ajusticiados, pública ó secretamente mientras el estuvo en el trono.

«El rey quiso que el duque de Nemours fuese interrogado en su jaula de hierro, sufrió la cuestion y se le notificó la sentencia. Luego le confesaron en un salon entapizado de negro.... Bajo el cadalso colocaron á los jóvenes hijos del duque: de manera que sobre ellos cayera la sangre de su padre. Salieron cubiertos de ella, y en este estado los llevaron á la Bastilla y los metieron en unos calabozos tan estrechos y construidos de tal manera que causaban un no interrumpido suplicio á sus cuerpos. Fueronles arrancando los dientes en diversas ocasiones.... Ni un solo hombre grande figura bajo el reinado de Luis XI, pudiendo decirse que llegó á envilecer la nacion, pues no floreció ninguna virtud: la obediencia suplió por todo, y el pueblo estuvo tranquilo como lo están los galeotes amarrados al remo (VOLTAIRE).»

La vacilacion residia, por decirlo así, en las maneras de Luis XI, pero no en su cabeza, donde como él afirmaba, *solia llevar todo su consejo*. Sus cartas dan testimonio de esta verdad: dirigiéndose á monseñor Saint-Pierre, gran senescal, le decía. «Señor gran senescal: os ruego que deis á entender á Monseñor de Saint-André que quiero ser servido en mi provecho, y no en el de la avaricia, en tanto que dure la guerra; si no quiere obrar así hacédselo entender á la fuerza; apoderaos de sus prisioneros y

ponedlos en el botin como los demás.»

«Señor gran senescal: mucho me admira que ni los capitanes, ni Mr. de Saint-André, ni otros quieran conformarse con mis disposiciones por lo tocante al botin, siendo así que de ese modo podrían tener por una nada los prisioneros de mas valor: lo que deseo es que otra vez den muerte á todo lo que caiga en sus manos; y que no hagan mas prisioneros, ni quieran apoderarse de caballos ni de bagajes, pues de ese modo nunca perderemos una batalla.»

«Ruégoos digais á Mr. de Saint-André, que no se os haga el flojo; ni el perezoso; pues esto seria la primera vez que ningun capitan se ha atrevido á desobedecerme. Si se hiciese ademan de obrar de ese modo sentadle la mano en la cabeza y quitadle por fuerza los prisioneros; que yo os juro que no tardaré tampoco en quitarle la cabeza de encima de los hombros; pero es de creer que el traidor no me desobedecerá por que no tiene fuerza para hacerlo.

Ese mismo rey decía al ministro de Justicia: «Canciller: os habeis negado á poner el sello en las cartas de mi mayordomo Boutilas; no ignoro lo que os induce á obrar de ese modo... Acordaos, gentil caballero, del dia que vinisteis á las manos con los bretones y los despachásteis a cargo de vuestra vida.»

¿No podría decirse que ese es el lenguaje de un individuo de la Convencion? ¿Y qué fue efectivamente Luis XI, sino el hombre de terror para la feudalidad?

Tan embebido estaba su ánimo de cadenas y de tormentos, que cansando de las disputas de los titulados *realistas* y *nominales*, mandó encadenar y clavar en los estantes las voluminosas obras de los segundos, á fin de que nadie pudiera leerlas. Y sin embargo ese mismo hombre defendió de la universidad y del Parlamento á los impresores alemanes que vinieron á establecerse en Francia, y que se veían acusados de hechicería: de manera que puede decirse que el mas poderoso agente de la libertad, la imprenta, fue instalado en Francia por un tirano.

Hasta los caprichos de Luis XI llevaban consigo el carácter de la dominacion. Wolfgang Poulhain, criado de María de Borgoña, había sido hecho prisionero de aquel monarca, que al fin se avino á ponerlo en libertad con tal que al rescate convenido se añadiesen los ponderados perros de caza del señor de Bossy. Este, de ningun modo queria ceder sus traillas: fueron y vinieron correos; por último se enviaron los perros, el rey se apoderó de ellos, y no puso en libertad al preso hasta que no hubo nadie que pidiera por él.

Participaba Luis XI algun tanto del carácter de los judíos de aquella época: prestaba bajo la garantía de territorios ó poblaciones dinero á los soberanos que lo necesitaban. Juan de Aragon le empeñó en trescientos mil escudos de oro los condados de Cerdeña y del Rosellon, y Margarita de Anjou le hipotecó la ciudad de Calais por una suma de veinte mil escudos. Aquella señora era esposa de Enrique VI de Inglaterra; preso en la torre de Londres despues de haber sido rey de Francia en su cuna: hija del buen rey René, que no llegó á reinar; pero compuso versos, pintó, redactó leyes para los torneos, adoptó por emblema un pebetero, y disminuyó la contribucion siempre que en Provenza llegaba á soplar el viento del Mediodia. No había ciertamente mucha semejanza entre René y Luis XI.

La política de este ha sido constante objeto de crítica por parte de todos los historiadores: convienen unánimemente en que cometió una gran falta en no aprovechar, el casamiento del Delfin con María de Borgoña, heredera de Carlos el Temerario, ó el de Juana hija de Fernando é Isabel; que si el primero

se hubiera realizado, uniéndose los Países-Bajos á la Francia, no habrían ocurrido aquellas largas guerras que tanta sangre hicieron derramar, y que si hubiese accedido al segundo enlace, esto es, al del Delfin, con Juana, hija de Fernando é Isabel, no se habría ésta unido con Felipe, hijo de Maximiliano y de María de Borgoña, y no habría por consiguiente aquella princesa dado la vida á Carlos V. El primero de estos enlaces hubiera dado al Delfin (Carlos VIII) los Países-Bajos, el Artois, la Borgoña, y el Franco condado, y por el segundo, sus hijos andando el tiempo, habrían sido soberanos de España y de América.

No debe juzgarse de este modo la política de Luis XI: nunca se propuso este monarca dar á su reino mayores límites: lo único que intentó fue abatir la monarquía feudal para constituir la monarquía absoluta. Lejos de desear conquistas, rehusó la investidura del reino de Nápoles y deshechó las proposiciones que Génova le hizo. «Los genoveses, solia decir, desean ponerse bajo mi cetro; yo los pongo bajo las uñas del diablo.» Pero compró los derechos eventuales de la casa de Pontierre sobre la Bretaña, y siempre que se le ofreció ocasion de hacerse dueño, por poco dinero, de alguna ciudad dentro de sus Estados, supo aprovecharse de las circunstancias.

La pobreza obligaba á los señores á trocar por dinero sus gloriosas casas solares, y Luis XI, como un usurero de antiguas celebridades, adquiria á bajo precio la mercancía que sus manos ya no habían de volver á soltar.

El constante trabajo de la vida de aquel monarca, y el afán que le dominó sin interrupcion, fueron el humillar la alta aristocracia y el centralizar todo el poder en su persona: todas sus acciones buenas ó malas nacieron de esa preocupacion. Se decretó que *no se daría ningun empleo que no vacara por muerte, renuncia ó delito del poseedor*, de donde tomó la magistratura el principio de la inamovilidad; no fue ciertamente para dar independencia á la ley, sino para comunicarle fuerza: muy bien sabia, á pesar de ese decreto, violar los reglamentos, cambiar de magistrados cuando le convenia, y nombrar á su placer comisiones ejecutivas. Si abolió la pramática sancion, no fue para favorecer á la corte de Roma, sino por odio á cuanto ostentaba el sello de la libertad. Si creó los parlamentos de Burdeos y Dijón, si estableció nuevas divisiones territoriales, no fue por espíritu de equidad y de orden general, sino porque deseaba destruir el espíritu del provincialismo, y tener por todas partes empleados de real nombramiento. Si pensó establecer la uniformidad de costumbres y la igualdad de pesos y medidas, no fue por hacer desaparecer esos inconvenientes de barbarie, sino para atacar á las autoridades señoriales. Si instituyó la compañía de los cien jóvenes nobles origen de los Guardias de Corps, si tomó á sueldo tropas suizas, y si organizó un cuerpo de diez mil hombres de infantería francesa, no fue porque tratase de crear un ejército nacional, sino para formar una guardia que le protegiera. Cuando se humillaba ante Eduardo IV y el duque de Borgoña, no hay que pensar que era por un olvido de su propia grandeza, sino para obtener el beneplácito de poder perseguir en lo interior de Francia á los poderosos. Sin tregua acosó al duque de Bretaña dando mas importancia á la conquista de los Estados de este, que á la de los del duque de Borgoña, porque no queria tener á retaguardia un principado independiente, puerta por donde el enemigo podia libremente penetrar en su reino. Mandó ó consintió envenenar á su hermano el duque de Guyena, porque lo mismo le incomodaban príncipes hereditarios que grandes vasallos: el que había de heredar parte de la corona podia en efecto, decirse que la desmembraba.

Estas ideas fueron indudablemente las que le hicieron mirar con indiferencia el casamiento del Delfin



á María de Borgoña. El Delfín además era un niño de ocho años feo y mal configurado, y María era una hermosa princesa de doble edad, que hubiera tenido que esperar en una especie de viudez de diez años, y al llegar á este plazo tal vez habrían sido despreciados sus 30 años. Luis XI tenía demasiado discernimiento para no calcular todo lo que podía suceder en aquel largo plazo de esponsales sin bodas, cuyos débiles lazos podían ser rotos por el menor incidente. También hay que añadir que Luis detestaba á los flamencos y éstos á su vez le correspondían del mismo modo: el espíritu de libertad que desde hacia tres siglos dominaba en aquellos municipios manufactureros era antipático á su genio. Puede muy bien decirse que los condes flamencos eran súbditos de sus vasallos, y no estos de los condes. Aquel limitado país, antigua cuna de los francos, es el que ha conservado hasta nuestros días el fuego de independencia y de valor que animó á los compañeros de Clodoveo.

¿Qué habría hecho Luis, como tutor de su hijo, con aquellos ciudadanos que en presencia de María de Borgoña mandaron ajusticiar á sus dos ministros, Humbercourt y Hogonot? Levantar cadalsos era atentar contra los derechos de Luis XI. Tuvo, pues, por mas seguro y conveniente apoderarse del ducado de Borgoña, que naturalmente volvía á la corona después de la muerte de Carlos el Temerario, no heredando las hijas. Apoderóse de las ciudades situadas á orillas del Somme y de otras muchas en el Artois, sobre las cuales tenía pretensiones bastante fundadas, mas á fin de extinguir el derecho de soberanía que el Artois tenía sobre la ciudad de Bolonia, lo legó y transfirió á la Santa Virgen, su pequeña querida y mejor amiga.

Por el casamiento del Delfín y María de Borgoña, se habría malquistado con el cuerpo germánico, pues el Franco Condado, el Luxemburgo, el Hainaut y la Holanda dependían del Imperio; y Luis XI no quería disputas, sino cuando estaba seguro de salir airoso. Todas esas consideraciones le indujeron á preferir lo cierto á lo dudoso, á tomar lo que podía conservar, y á renunciar lo que era de insegura posesión. Tampoco favoreció la unión de Carlos de Angulema de la familia de Orleans con la heredera de Carlos el Temerario, porque esto hubiera sido equivalente á establecer bajo otro nombre el poder de los duques de Borgoña. Mas si se desentendió del enlace del Delfín con la princesa María, solicitó por otra parte el casamiento de ese mismo príncipe con Margarita, hija de María y de Maximiliano, porque en esta alianza veía proporción de edades y hallaba ventajas en que la desposada llevara de dote los condados de Artois y de Borgoña, que no podían causar ningún género de disputas entre la Flandes y el Imperio. No llegó á verificarse este enlace porque la señora de Beaujeu, que seguía la política de su padre, tuvo por mas conveniente dar la mano de la heredera de Bretaña á su hermano Carlos VIII.

En nada de cuanto emprendía se olvidaba Luis XI de cuanto podía ser necesario para el complemento de su obra. Habiendo venido al mundo en una época social en que nada estaba acabado y á todo se habia dado principio, puso en juego una fórmula monstruosa, indefinida, exclusivamente propia, y que participaba de las dos tiranías que dominaban en aquel tiempo. Una prueba de energía bajo un exterior al parecer apocado es que temía la muerte y el infierno, y sin embargo, hollaba bajo sus pies todo pueril temor cuando se trataba de cometer un crimen. Ciertamente es sin embargo, que se prometía poder engañar á Dios así como engañaba á los hombres, y que esta ridícula creencia le hacia ir cargado de amuletos y de reliquias para toda clase de calamidades. Luis XI en una palabra, fue el espíritu perfectamente amoldado, si

asi puede decirse, á su época y á su país; en esa idoneidad encontró todo el elemento de su fuerza, pues nadie ignora que el mas vasto genio puede ser impotente obrando fuera del círculo de su capacidad, así como el espíritu mas limitado puede trastornar el mundo en circunstancias determinadas.

Luis XI hacía el fin de su vida se encerró en Pleisis les Tour, devorado de terror y de fastidio. Allí se paseaba de un extremo á otro de una larga galería, teniendo por único placer el fijar la vista, cuando se asomaba á las ventanas, en campos que bajo el verde césped ocultaban cepos para los incautos que se atrevían á traspasar los recintos de cadenas para llegar al pie de las horcas que formaban las sinistras avenidas de aquel sombrío palacio: único compañero del tético monarca en sus solitarios paseos, era su compadre Tristan, el gran preboste. Combates de gatos y ratones, danzas de jóvenes aldeanos, única representación de la inocencia y la dicha campestre en los alrededores del régio alcázar contribuían alguna vez á desarrugar la frente del tirano. ¿Qué no hubiera este hecho para dar un momento de tregua á sus frenéticos terrores? Sangre de niños bebía, esperando recobrar la juventud con un remedio tan apropiado á su temperamento. En él se empleaban, segun dicen las crónicas, terribles y maravillosas medicinas. Pero al fin... ¡murió! Luis XI fue el primero que gozó el título de rey cristianísimo, y cuando los protestantes arrojaron sus cenizas al viento puede decirse que los excesos de la libertad religiosa y política profanaron la tumba del que habia abusado del poder y de la religión.

Fueron los principales consejeros de este rey, Felipe de Comines y Juan de Sude, el primero, hombre complaciente, que dejó escritas unas Memorias bastantes libres, y el segundo que se distinguió por su astucia hasta el punto de ser llamado *Juan recursos* por su astuto soberano.

Luis XI dejó dos hijas y un hijo legítimo, que se llamaron Ana de Beaujeu, Juana, duquesa de Orleans y Carlos VIII. Abrumó aquel tirano con el despotismo de sus caricias á varias mujeres, y tuvo de Margarita de Sassenage una hija que habiéndose casado con Aymar de Poitiers, fue abuela de la hermosa Diana.

Al desaparecer Luis XI, cayó la Europa feudal. Constantinopla fue tomada; las letras empezaron á renacer; se inventó la imprenta; América estaba á punto de ser descubierta, y la grandeza de la casa de Austria empezó á brillar por el casamiento de la heredera de Borgoña con Maximiliano. Enrique VIII, Leon X, Francisco I, Carlos V y Lutero con su reforma no estaban ya lejos: iban por decirlo así á abrirse las puertas de un nuevo universo.

#### CARLOS VIII.

(Desde el 1483 al 1498).

Empéñase el historiador Du Hailant, en que Carlos VIII, no era hijo de Luis XI, ó que por lo menos que no fuese de la reina Carlota de Saboya; fúndase esta opinión en que así lo habia oído decir. Partiendo de este principio una multitud de reyes no habrían sido hijos de sus presuntos padres, pues, no hay país en que semejantes historias de hijos supuestos no se hayan ido renovando de reinado en reinado. El adulterio es en todas ocasiones un crimen, bien alfectivo ciertamente, cuando la infidelidad de la mujer recae en la familia particular de los príncipes. Poco, sin embargo importaría (dejando á parte la violación del derecho y el desorden moral) la procedencia del régio vástago á la familia general de los pueblos, si debiendo á una ficción legal las ventajas de la herencia y las cualidades de grande hombre, hermano

como soberano de hecho y de derecho, el esplendor de la régia cuna con la prerogativa del talento. Mas no cabe duda de que Carlos VIII era hijo de Luis XI.

Habia dispuesto este monarca por un rasgo característico de su política, que Ana de Francia señora de Beaujeu é hija suya, se encargara del gobierno de la persona del rey. Tenia muy presentes Luis XI los abusos de la regencia en tiempos de Carlos VI. Los Estados de Tours confirmaron á la princesa en su tutoría, á pesar de la oposición del duque de Orleans, que se dirigió al Parlamento de París sin resultado por haber éste declinado su competencia y remitido la decisión del asunto á los Estados. Nombraron estos un consejo de diez personas en el que debían tomar parte los príncipes de la sangre. Nunca se vió el poder de los Estados elevado á tan alto punto como durante el reinado de Carlos VIII y Luis XII.

Carlos VIII hizo poner en libertad á Carlos de Armagnac, hermano de Juan, muerto en Lectoure. Todos los Armagnacs fueron puestos igualmente en libertad y recobraron sus bienes. Landais, favorito de Francisco II, duque de Bretaña, fue ahorcado.

Enrique VII de Inglaterra, deroló y dió muerte á Ricardo III. Enrique VII, de la familia de Lancaster, se casó con Isabel de York y confundió los derechos de ambas casas que se habian estado disputando por tanto tiempo la corona.

Hallándose el duque de Orleans descontento de la corte, se habia retirado á Bretaña, y dió principio con el auxilio de los bretones y de unos cuantos ingleses á una corta guerra civil, siendo por último derrotado y hecho prisionero en la batalla de Saint-Aubin por Luis II, señor de la Tremouille (1488).

Carlos VIII contrajo matrimonio en 1491 con Ana, heredera del ducado de Bretaña; Margarita, hija de Maximiliano con quien estaba desposada, fue devuelta á su padre y casó en seguida con el infante de España, Juan de Aragon.

En 1492 terminó la dominación de los moros en España con la toma de Granada y fue descubierta la América por Cristóbal Colon.

Carlos VIII hizo una expedición á Italia. Hasta entonces la Italia no habia visto á los franceses mas que como una especie de aventureros: así que los reyes de Francia rompieron el último eslabon de la cadena feudal, y estuvieron en disposición de poder marchar fuera de su país al frente de su nación. Los derechos de Carlos VIII sobre la soberanía de Nápoles estribaban en la cesion que le habia sido hecha por Carlos de Anjou, heredero de su tío René. Al llegar Carlos VIII á Roma, se encontró con un imperio tan quimérico como el reino que pretendía conquistar: Andrés Paleólogo, heredero del imperio de Constantinopla, á que ya no podía aspirar, cedió sus derechos al rey de Francia, y el papa Alejandro VI entregó á Zizimo, hermano de Bayaceto, emigrado en los Estados de la Santa Sede. Carlos VIII entró en Nápoles (28 febrero de 1495) con las insignias de emperador, sea de Oriente ó sea de Occidente, mas habiéndose formado contra él una liga, compuesta del emperador Fernando el Católico, el pontífice y los venecianos, no tuvo Carlos VIII mas remedio que abandonar la Italia (a). Antes de volver á pasar los Alpes ganaron los franceses la batalla de Fornove, dando ocasion á que se celebrara el buen servicio de la artillería francesa. Esta fue la primera vez que las armas francesas brillaron en aquellas hermosas regiones que andando el tiempo habian de ser testigo de sus repetidos triunfos.

Carlos VIII murió en el palacio de Amboise (7 abril de 1498): su hijo el Delfín habia muerto de edad de tres años. Ascendió al trono una línea colateral.

(a) Cediendo el campo á las victoriosas armas de Gonzalo de Córdoba.

«Carlos VIII, hombre pequeño de cuerpo y tambien de entendimiento, dice Comines, era tan bueno que es imposible encontrar una criatura mejor.»

#### LUIS XII.

(Desde el 1498 al 1515.)

Luis XII obtuvo el mas precioso sobrenombre entre los reyes de Francia; fue apellidado á una voz Padre del pueblo. Aquí la palabra *pueblo* tiene un valor grande y anuncia una revolución: no es una voz comun aplicada á un tropel hácia mucho tiempo gobernado por un señor; es una palabra recientemente introducida en la lengua para designar una nación jóven y libre, formada de las ruinas de los siervos y de los corveas del feudalismo. Esta nación abría los tiempos modernos, y tenia la fuerza y el brillo que tuvo en su primera metamorfosis, cuando los francos, transformados en franceses, entraron en los siglos de la Edad Media.

Luis XII era viznieto de aquel Luis, duque de Orleans, por quien la sangre italiana comenzó á correr en las venas de nuestros monarcas, y á comunicarle el gusto á las artes; raza ligera y caballeresca, pero elegante, brava, inteligente y que unió la civilizaci6n á la caballería. Nunca serán demasiado recordadas las palabras de Luis XII á su advenimiento al trono: «El rey de Francia me venga los agravios del duque de Orleans (1498).»

Luis XII se casó con la viuda de Carlos VIII. La Bretaña fue el último gran feudo revertido á la corona. Así murió la monarquía feudal. Habiendo comenzado por la desmembracion sucesiva de las provincias del reino, acabó por la reunion sucesiva de todas ellas, á la manera que los rios que salen del mar y vuelven otra vez al mar. Faltaba la sumision de los condados de Flandes y de Artois; poseidos por el archiduque de Austria; pero esto no era mas que un vano homenaje, al cual ni el que le rendía ni el que le recibía, agregaba idea alguna de obediencia ó de superioridad. Los girones de la monarquía feudal se dejaron percibir por mucho tiempo en la monarquía absoluta, del mismo modo que se notan en el día los restos del despotismo imperial flotando entre las libertades constitucionales. El pasado se prolonga hasta el porvenir, de manera que una nación ni puede ni debe separarse de sus tumbas.

El tribunal del *Equiquier* en Normandía, fue erigido en Parlamento; así iban descompaginándose una por una las piezas de la vieja armadura gótica.

Luis XII hizo la guerra á Italia; tan pronto como las desavenencias intestinas cesaron, renacieron en lo exterior; era necesario un nuevo motivo al espíritu guerrero de la Francia. Pretendia Luis XII el ducado de Milan por los derechos de Valentina de Milan, su abuela, y el reino de Nápoles por los de la casa de Anjou. Dominaban á la sazón en Roma los detestables Borgias: César Borgia, el héroe de Maquiavelo; Alejandro VI con su hija tres veces incestuosa, llamada Lucrecia, como para ofrecer á Roma un contraste singular con el antiguo pudor romano. El Milanésado fue conquistado en veinte días; el reino de Nápoles en menos de cuatro meses; este reino se ocupó de acuerdo con Fernando el Católico. Bien pronto los franceses y españoles disputaron acerca de la particion de este Estado (1500, 1501, 1502). D'Aubigni perdió la batalla del Seminario, el viernes 21 de abril, y el viernes 28 del propio mes, fue vencido y muerto el duque de Nemours en Cerignola por Gonzalo de Córdoba, llamado el Gran Capitan. La casa de Armagnac concluyó en la persona del duque de Nemours, y éste duque era nada menos que el último descendiente de Khloviagh: resto extraño al principio del siglo XVI. El Parlamento habia sido creado en 1505.



Cárlos V había ya nacido (1500). Alejandro murió (18 de agosto de 1503). Después de Pío III, que no ocupó la silla pontifical más que veinticinco días, vino Julio II, cuyo nombre anuncia el reinado de las artes, y una revolución en el género de influencia que la corte de Roma ejercía en el mundo cristiano. Esta corte dejó de ser popular, y por un doble error se unió al poder aristocrático al espirar. La era política del cristianismo declinaba.

Los Estados de Tours de 1506 demuestran aquellas asambleas llevadas á su último grado de perfección, separadas de la magistratura parlamentaria y del poder ejecutivo. Luis XII las abrió en una sesión régia, rodeado de príncipes y de toda su corte, con el canciller de Francia á su derecha; en la misma forma con que se inauguran en el día las sesiones legislativas, lo cual demuestra que los grandes de la corte no componían más que una parte de los Estados.

La liga de Cambray formada contra los venecianos se disipó como todas las coaliciones en que príncipes enemigos se reúnen por un interés momentáneo.

Enrique VII de Inglaterra murió y fue reemplazado en el trono por Enrique VIII (1509-1510). Julio II se ligó contra los franceses en Italia con Fernando, Enrique VIII y los suizos. El último de los caballeros franceses, Bavardo, digno de cerrar la época de la caballería, se distinguió en San Félix y en la jornada de la Bastida (1514). En la misma época ocurrieron el Concilio general de Pisa, donde Julio II fue citado por Luis XII. Y el Concilio de Letran en oposición al Concilio de Pisa.

El día de Páscoa, 11 de abril de 1512, se dió la batalla de Rávena ganada por el duque de Nemours, el caballero Bayardo, Luis d'Arce y Lautrec, contra los confederados. El duque de Nemours compró la victoria con la vida; fue muerto no teniendo más que veintitres años de edad. Este joven príncipe era Gaston de Foix, hijo de María, hermano de Luis XII, por el cual el condado de Nemours había sido erigido en ducado pariato. No se le debe confundir con Armagnac, duque de Nemours, último de los Merovingianos de que ya se ha hablado.

Perdió el Milanésado Luis XII, y no conservó en Italia más que algunas poblaciones, con el castillo de Milan. Se trasladó á esta ciudad el Concilio de Pisa, y después á Lyon. Julio II puso entredicho al reino de Francia y á la ciudad de Lyon en particular; desprecio del tiempo; estas censuras, así como el feudalismo; habían perdido su antiguo vigor; las añejas costumbres se habían ya convertido en simples usos.

Fernando se apoderó del reino de Navarra. Maximiliano Esforca volvió á adquirir la soberanía del Milanésado y los Médicis la de Florencia. El emperador Maximiliano I quiso hacerse papa. La reina, Ana de Bretaña, murió. Julio II la siguió á la tumba. Sucedió á éste Leon X. Luis XII volvió á adquirir el Milanésado, y lo perdió por fin en la batalla de Novara. La Francia se vió atacada por Maximiliano, Enrique VIII y los suizos. Todo se arreglaba por medio de casamientos, unos proyectados, otros llevados á cabo. Luis XII se casó con María, hermana de Enrique VIII, en cuyos brazos encontró la muerte. El conde de Angulema, que llegó á llamarse Francisco I, amó á María, de la cual se apartó por temor de perder una corona. Este cálculo no convenia ni con su edad ni con su carácter; así es que no cedió sino por los consejos de Grignans, de Goolfier, ó de Dupret (1512, 1513, 1514, 1515).

Luis X murió en 1.º de enero de 1515 en el palacio de las Tournelles en París. Este rey redujo los impuestos á menos de la mitad, y abrigaba un tierno afecto á sus súbditos, que por su parte no dejaban de corresponderle, á pesar de sus faltas en la política, exterior: quería todas las franquicias de que se podía gozar en la monarquía de entonces. Es de notar

que en aquella época, y hasta en la que vivimos, los pueblos formulan su amor ó su aborrecimiento según los mayores ó menores impuestos con que se hallaban gravados. Hoy día, que la especie humana ha ganado en inteligencia y en civilización, las naciones emplean menos sus afectos en los intereses materiales y conceden con mejor voluntad el nombre de padre al soberano que acrecienta sus libertades, que al que economiza su oro.

#### FRANCISCO I.

(Desde el 1515 al 1547.)

Francisco I era biznieto de Luis de Orleans y de Valentina de Milan. Habían variado la faz del mundo tres generaciones. Sesenta años que contaba el descubrimiento de la imprenta, aunque no era libre, había causado una revolución en los espíritus. Las controversias de Lutero próximas á aparecer, ó no se hubieran propagado con la misma rapidez, ó hubieran sido sofocadas, si no hubiesen encontrado á propósito la imprenta para difundirlas.

Francisco I entró en Italia (1515). El 14 de setiembre salvó á los suizos en Marignano, en aquel combate que Trivulce llamó *combate de los gigantes*; esta fue la primera victoria grande, ganada por los franceses después de sus derrotas en Crécy, Poitiers y Azincourt. Esta batalla no tenía ninguno de los caracteres de las anteriores. Era respecto de aquellas lo que las batallas de la revolución han sido respecto de la de Marignano. El Senado de Venecia declaró por un decreto que Francisco I y todos los príncipes de su linaje serían nobles venecianos, decreto que Luis XVIII quiso borrar por su mano, cuando recibió la orden de dejar á Verona. Aquí dió principio la venalidad de los cargos, que la inamovilidad de los jueces trae consigo.

Fernando, rey de Aragón por sí propio, rey de Castilla por su esposa Isabel, rey de Granada por conquista, rey de Navarra por usurpación, heredero de tres bastardos coronados, murió, y ascendió al trono Cárlos V.

El tratado de Fribourg produjo entre Francia y los suizos aquella paz llamada perpétua, que no dejó á éstos más que el honor de vertir su sangre por los franceses (1516).

Se celebró un concordato entre Leon X y Francisco I, al cual se opusieron el clero, la Universidad y el Parlamento, como atentatorio de las libertades de la Iglesia Nacional. Lutero se reveló este mismo año (1517), contra las indulgencias predicadas en Alemania. Enrique VIII ocupaba el trono, lo cual era de importancia á la fé católica, de la que se constituyó al principio *defensor*. En 1521, Ignacio de Loyola fue herido en el castillo de Pamplona, que los franceses tenían sitiado. Loyola fue para los reformados lo que Santo Domingo había sido para los albigenses: pero la jornada de San Bartolomé (*Saint-Barthélémy*), no destruyó el protestantismo, al paso que las Cruzadas esterminaron los albigenses.

Después de la muerte de Maximiliano fue proclamado emperador Cárlos V; su competidor era Francisco I (1519). Entonces la Francia se encontró envuelta por las posesiones de la casa de Austria. España conquistadora en América y las Indias, decía que el sol no se ponía en sus dominios. El descubrimiento de la América produjo una revolución en el comercio, la propiedad y la hacienda pública del antiguo mundo. La introducción del oro de Méjico y del Perú, bajó el precio de los metales, elevó el de los géneros, y de los jornales, hizo cambiar de manos la propiedad territorial, y creó una propiedad desconocida hasta entonces, la de los capitalistas, de la que ya habían dado la primera idea los lombardos y los judíos. Con

los capitalistas nació la población industrial y la constitución artificial de los fondos públicos. Una vez entrada en esta senda, la sociedad se renovó con relación á la hacienda pública, como se había renovado en sus relaciones morales y políticas.

A las hazañas de las Cruzadas sucedieron las hazañas de Ultramar de diversa importancia; el globo se ensanchó; comenzó el sistema de las colonias modernas; la marina militar y mercante se acrecentó y extendió en un océano sin riberas. La pequeña mar interior del antiguo mundo, no era ya más que un estanque de poca consideración, desde que las riquezas de las Indias llegaron á Europa por el cabo de las Tempestades. Con el intervalo de tres años el afortunado Cárlos V triunfaba de Motezuma en Méjico, y de Francisco I en Pavía.

Pero lo mismo que hizo avanzar á unos pueblos hácia la independencia y la civilización, encadenó las naciones sometidas al cetro de Felipe II; las Américas, la España y los Países-Bajos, perdieron sus libertades por algunos siglos. Aquellos campos de Flandes, donde los municipales habían combatido por su civilización, no fueron ya ensangrentados más que por patibulos ó por las batallas que allí decidieron las casas de Francia y Austria.

La entrevista de Francisco I y de Enrique VIII, cerca de Guinea, llamada *el campo de la tela de oro*, fue la última ostentación de los tiempos feudales, un simulacro de los torneos, las cortes plenas, las antiguas costumbres bastante gastadas ya, para no ser más que unos meros espectáculos (1520).

El duque de Bouillon declaró la guerra al emperador; este creyó que el duque estaba apoyado por la Francia; principiaron las guerras entre Cárlos V y Francisco I. El milanésado se perdió nuevamente para la Francia. Leon X que dió nombre á su siglo, murió. Escribiendo á Rafael había dicho: «Por tí mi pontificado será siempre célebre.»—Profetizaba. Por desgracia el renacimiento de las artes cesó casi en el momento de la Reforma, cuya rigidez las proscibía. Si el ardor religioso de los siglos que levantaron los monumentos góticos hubiera existido en los tiempos de Miguel Angel y de Rafael, ¿de cuantas más obras maestras, Roma, ya rica estaría adornada?

A Leon X le sucedió Adriano VIII, que dejó la tiara á Clemente VII, otro Médicis (1521).

Toma de Roda por Soliman II (1522.)

El condestable de Borbon, que perseguía á la duquesa de Angulema, pasó al servicio de Cárlos V. El marqués de Villena, solicitado por el emperador para que prestara su palacio al condestable, respondió: «Nada puedo rehusar á V. M., pero si el duque de Borbon se aloja en mi casa, le pondré fuego en el instante mismo que de ella haya salido, como lugar infestado por la traición, y que por lo tanto no puede ya servir para habitación de un hombre de honor.» El condestable fue el único traidor que los Borbones hayan jamás contado en su linaje.

El capitán Bayardo fue muerto en la retirada de Trebeca (1524). «Recibió un tiro de arcabuz que le atravesó los riñones, y al sentirse mortalmente herido exclamó: ¡Ay de mí, soy muerto! Cogió la espada por la empuñadura y la besó, como señal de la cruz, diciendo en alta voz: *Miserere mei, Deus secundum misericordiam tuam*. No bien había acabado de pronunciar estas palabras, cuando estuvo á punto de caer desfallecido; pero tuvo aun bastante fuerza para cogerse al arzon de la silla, y permanecer así hasta que un gallardo joven que era su mayordomo le ayudó á apearse, y le colocó bajo de un árbol.... Los infelices criados de su servidumbre estaban desamporados, y entre ellos se hallaba su pobre mayordomo que no le abandonó jamás; el caballero se confesó con él á falta de un presbítero. El óven desconsolado y deshecho en lágrimas, con-

templaba á su buen señor mortalmente herido, y conocía que no había remedio que pudiera salvarlo; pero el animoso caballero le consolaba con la mayor dulzura diciéndole: Jaime, mi amigo, deja tu llanto; es la voluntad de Dios la que me separa de este mundo; bastante tiempo permanecí en él, todo por su gracia, y también he recibido bienes y honores que no me pertenecían. El sentimiento que tengo al morir es el no haber cumplido tan bien mis deberes como debí hacerlo.»

El condestable de Borbon, del partido de los enemigos, se presentó á consolar á Bayardo. «Monseñor, le dijo el capitán, no tengais compasión de mí; tenedla de vos mismo que os habeis armado contra vuestro rey vuestra patria y vuestra fe.» Borbon insistió hablándole de buenos facultativos, á lo que Bayardo replicó: «Conozco que estoy herido de muerte, y la acepto de buen grado, sin que en ello tenga el mas leve sentimiento.» El condestable, con lágrimas en los ojos exclamó: «Bien dichoso es el príncipe que tiene tal servidor; no sabe la Francia lo que pierde en este día.»

El marqués de Pescara (Fernando Francisco de Aválos) dijo: «¡Pluguiera á Dios, gentil señor Bayardo, que aunque me hubiese de costar una cuarta parte de mi sangre, para daros la vida, ó aunque tuviera que comer carne de dos años, me daría por contento de veros mi prisionero y con buena salud!»

Batalla de Pavía, 14 de febrero de 1525. No se encuentra el original del famoso billete *Todo está perdido menos el honor*; pero la Francia que le había escrito lo tiene por auténtico. Juan, hecho prisionero en Poitiers, fue servido á la mesa por su vencedor y tratado en Lóndres como un monarca triunfante. Francisco I fue trasladado ásperamente á las prisiones de Madrid; los caballeros que querían reanimar al monarca francés, ya no existían. Por lo demás, no se consideraron ligados por el tratado de Madrid, los Estados de Borgoña, en 1526, los cuales separaron sin su consentimiento, la Borgoña de la Francia. Los Estados de París, en 1359, rehusaron ratificar el tratado negociado para libertar al rey Juan: no hay nada permanente más que la independencia de los pueblos, pero cuando no se trata más que de ella sola.

El año de cautividad de Francisco I, prisionero, Alberto, margrave de Brandebourg, gran maestre de la Orden Teutónica, abrazó el luteranismo, y se apoderó de las provincias de la Orden. Los descendientes de Alberto llegaron á ser reyes de Prusia.

El tratado de Cambray, en 1529, terminó las guerras de Italia entre Francisco I y Cárlos V. La Bretaña se reunió á la Francia por una ordenanza espresa. Antes del edicto sobre el dominio, de 1566, los reyes franceses podían disponer libremente de sus bienes patrimoniales: estos bienes no se hacían inalienables sino por su reunión al dominio de la corona; de donde es preciso distinguir dos cosas en el antiguo derecho común de la tercera raza; la propiedad particular del príncipe, y la propiedad general de la corona. Francisco I fundó la infantería francesa, que reemplazó los peones alemanes sostenidos á costa de la nación. Esta infantería fue en un principio formada según el modelo de las legiones romanas, y dividida en cuerpos de seis mil hombres. De aquí se fué á la división por bandos de quinientos ó seiscientos hombres, origen de nuestros regimientos. Enrique, hijo segundo de Francisco, delfín, contrajo matrimonio en Marsella con Catalina de Médicis (1532, 1533).

El cisma de Inglaterra estalló en 1534 con motivo del divorcio de Enrique VIII, para contraer matrimonio con Ana de Boulen. Este mismo año de 1534 las doctrinas de Calvino se insinuaban bajo la protección de Margarita, reina de Navarra, hermana de Francisco I; y también durante el mismo año, Ignacio de Loyola fundó la Compañía de Jesús. Cuando las ideas y



los pueblos están en sazón para producir un cambio, acontece que los príncipes son los llamados á iniciar el desarrollo.

Enciéndese nueva guerra entre Francia y España, á causa de la decapitación ejecutada por Francisco Esforcia en el enviado de Francia á Milan. Carlos V, que volvía triunfante de su expedición de Africa, fue batido en Provenza y Picardía.

Enrique llegó á ser delfín por la muerte de Francisco su hermano mayor, envenenado. Los anabaptistas tuvieron que dispersarse por el suplicio de Juan de Leide, en Munster (1536). Carlos V fue citado en el tribunal de los Pares de Francia, como vasallo rebelde, así como anteriormente lo había sido el príncipe Negro; ridícula reminiscencia de los derechos caducos de la monarquía feudal (1537).

Carlos V atravesó la Francia (1539) para ir á apaciguar las revoluciones ocurridas en aquella ciudad de Gante, cuna de tribunos y asilo de reyes.

La ordenanza de Villers-Coterest (1536) decretó la abreviación de los procesos, que los tribunales eclesiásticos no invadiesen la jurisdicción ordinaria, y que se hiciera en el idioma común la redacción de las actas públicas. Es de admirar que este reglamento no se hubiera dado mas anticipadamente: era necesario entender bien la lengua, que no comenzó á estar coordinada, para ser convenientemente inteligible, hasta el reinado de Francisco I. Si desde el año de 1281 el emperador Rodolfo obligó á escribir las actas imperiales en lengua vulgar, fue porque el alemán era una lengua madre, hablada en todos tiempos por un pueblo que la entendía. La lengua francesa no era mas que un dialecto, originario principalmente de las lenguas romana y latina. Algunos siglos corrieron antes que llegara á ser lengua general en toda la extensión de la monarquía. Eduardo III pudo prohibir el uso de aquella jerga normanda en los tribunales de Inglaterra, porque detrás de aquella jerga encontró el inglés, ó el bajo alemán conservado por los sajones conquistados.

El procedimiento criminal, que llegó á hacerse público, dejó de serlo bajo el canciller Poyet.

Comienzan desde esta época á figurar ciertos nombres famosos en los reinados sucesivos: el cardenal de Lorraine y su hermano, el primer duque de Guisa, el condestable Anne de Montmorency y Catalina de Médicis (1540).

Francisco I entabló nuevas relaciones exteriores. Envió embajadores á Soliman II á Constantinopla, y los recibió de Gustavo Wasa, rey de Suecia. Este príncipe, célebre por su valor y sus aventuras, hizo luterana á la Suecia, y fue el jefe militar de los protestantes (1542).

En 1544 tuvo lugar la batalla de Cerisoles, ganada por los franceses.

En 1645 ocurrieron las primeras esterminaciones, resultado de las guerras de religión en Francia, y la ejecución, si así puede decirse, de las ciudades hugonotes de la Briere y de Merindol.

Murieron Lutero y Enrique VIII, que eran los jefes del cisma; el primero en 1546, y el segundo en 1547. Francisco I, que comenzó la persecución contra los hugonotes, siguió dos años después á la tumba al tirano de las libertades políticas y al fundador de las libertades religiosas de Inglaterra (1.º de marzo de 1547).

Carlos V permaneció nueve años en la tierra después de su rival. Abdicó en 1556, se retiró al monasterio de San Yuste, en Estremadura, y celebró en vida sus propios funerales. Envuelto en un sudario, y recostado en un ataúd, cantó desde el fondo de su tumba el oficio de los muertos que los religiosos celebraban á su alrededor: «Este era el hombre por quien, como dice Montesquieu, estendió el mundo sus límites, ó mas bien dicho, se vio aparecer un mundo nuevo.» Este mundo nuevo dió la muerte á

Francisco I. Toda la fortuna de Carlos V pesó sobre el destino del monarca francés. Importunado hasta en sus últimos días por las rivalidades de sus damas y las de su hijo. Francisco I murió como un cristiano que reconocía su fragilidad, Carlos V, como un ambicioso, se revistió del hábito y del ataúd, despedido de no haber podido adornarse con la usurpación del mundo. Las debilidades del monarca español no fueron aparentes como las del monarca francés, cuya galantería era tan brillante como su valor. Un incesto misterioso, que en la oscuridad de un claustro dió nacimiento á un héroe, se achacó á Carlos V; sus desórdenes tenían algo de grave, de secreto y de profundo como él.

Hay épocas en que la sociedad se remueve, en que catástrofes imprevistas, casualidades dichas ó desgraciadas, ó descubrimientos inesperados determinan un cambio preparado desde mucho tiempo en el gobierno, las leyes, las costumbres y las ideas. Esta revolución, que parece súbita no es otra cosa mas que el trabajo continuo de la civilización creciente y el resultado de la marcha de esta civilización hacia la perfección necesaria, eficiente y aneja á la naturaleza humana. En las revoluciones, incluso las retrógradas en apariencia, existe un paso real, una luz adquirida para el conocimiento de una verdad. Las consecuencias no se dejan sentir inmediatamente como resultado del principio que las produce; hasta después de cincuenta años no se echan de ver las transformaciones operadas en los pueblos por acontecimientos que ya cuentan medio siglo de antigüedad.

Así, cuando Francisco I ascendió al trono, el descubrimiento de la América, la toma de Constantinopla por los turcos, la invención de la imprenta todas estas cosas que habían precedido al reinado de este rey, comenzaron á obrar, extendiendo el dominio del hombre físico y moral. Mares desconocidos que amansar y nuevos mundos que explorar ofrecían objetos dignos de sus esfuerzos al espíritu caballeresco y religioso que reinaba todavía, á las letras, á las ciencias y á las artes que renacían, á los gobiernos y al comercio que buscaban nuevos manantiales de poder y de riquezas. La imprenta parecía haber aparecido espesamente para multiplicarse y propagar los tesoros que los griegos, arrojados de su patria, habían llevado al Occidente. Las correrías transalpinas de Carlos VIII y de Luis XII habían transmitido á los galos aquel gusto de elegancia de la vida, perdido hacia mucho tiempo. Milan, Florencia y Siena vieron reaparecer aquellos nombres bastante bien conocidos en tiempo de la conquista de los normandos y de Carlos de Anjou. Los La Palice, los Nemours, los Lautrec y los Vielleville no encontraron ya como sus padres una tierra bárbara, sino una tierra clásica en que el génio de Augusto había renacido, en que, como los antiguos romanos, endulzaron sus rudas virtudes á la voz de las artes traídas segunda vez de la Grecia. Cuando Bayardo adquiría un alto renombre por sus proezas, era en medio de la Italia moderna, de la Italia en toda la frescura de la civilización renovada; era en medio de aquellos palacios edificadas por Bramante, Miguel Angel y Paladino, de aquellos palacios cuyas paredes estaban cubiertas de cuadros recientemente producidos por las manos de los mas grandes maestros; era la época en que se desenterraban las estatuas y los monumentos de la antigüedad, entre tanto que los Gonzalo de Córdoba, los Trivulce, los Pescara, los Strozzi combatían; que los artistas se hacían justicia de sus rivales con el puñal; que las aventuras de Romeo y de Julieta se contaban entre todas las familias, y el Ariosto y el Tasso estaban cantando aquel espíritu caballeresco de que Bayardo era el último modelo.

Las guerras de Francisco I, de Carlos V y de Enrique VIII mezclaron los pueblos y multiplicaron las ideas. Los ejércitos regulares, conocidos en Europa desde el fin del reinado de Carlos VII, hicieron desaparecer los restos de las milicias feudales. Los bravos de todos los países se encontraron en estas tropas disciplinadas: Bayardo pudo batirse con los hijos de Pizarro y de Hernán Cortés, que habían visto caer los imperios del Perú y de Méjico. Los infieles que los caballeros iban á buscar con San Luis al fondo de la Palestina, señores de Constantinopla y después nuestros aliados, intervenían en la política: su príncipe enviaba el renegado griego Barbaroja á combatir por el papa y por el rey cristianísimo á las costas de Provenza.

Todo cambió en Francia; hasta los vestidos se alteraron, y se hizo de las antiguas y de las nuevas costumbres una mezcla singular. La lengua naciente se escribió con energía, finura y sencillez por la hermana de Francisco I, la reina de Navarra, y por el mismo rey de Francia, que hacia versos tan buenos como Marot; por Rabelais, Amyot, los dos Marot y los autores de varias memorias. El estudio de los clásicos, el de las leyes romanas, la erudición general, fue profesado con ardor; las artes adquirieron una perfección tal, que no se ha sobrepujado posteriormente en Francia. La pintura, brillante en Italia, fue trasplantada á los bosques, y nuestros castillos góticos franceses, vieron sus torrecillas y sus almenas coronarse de los órdenes de la Grecia. Anne de Montmorency, que era devoto, adornaba á Ecouen de obras maestras; Primatice embellecía á Fontainebleau; Francisco I, que se hacia armar caballero como en tiempo de Ricardo Corazón de León, asistía á la muerte de Leonardo de Vinci y recibía el último suspiro de este grande pintor; y después de todo esto, el condestable de Borbon, cuyos soldados, como los de Alarico, se preparaban á saquear á Roma; aquel condestable, que debía morir de un cañonazo, quizá disparado por Benevento Cellini, representaba en sus tierras de Francia el poder, la vida y las costumbres de un antiguo gran vasallo de la corona.

Francisco I no fue un grande hombre, pero sin embargo, aun conserva el sobrenombre de *gran rey*; este padre de las letras, que quiso romper todas las prensas de su reino, atrajo las mujeres á la corte. Esta corte letrada, galante y militar, mezclaba los hechos de armas con las aventuras de amores. Entonces tuvo origen el reinado de aquellas favoritas, que fueron una de las calamidades de la antigua monarquía. De todas sus damas, una sola, Inés Sorel, ha sido útil al príncipe y á la patria.

Una aventura, tomada entre mil, bastará para dar á conocer la alta sociedad bajo Francisco I. Brantome, que con talento de diverso género imita frecuentemente á Froissart, será el que nos la referirá perfectamente. «He oído contar, con referencia al tiempo de Francisco I, una anécdota relativa á cierto hermoso escudero llamado Gruffy, que era de la escudería del dicho rey, y murió en Nápoles en el viaje de M. de Lantree, y una elevada dama de la corte, que fue muy enamorada. El escudero era tan bello, que no se le llamaba ordinariamente mas que el hermoso Gruffy; y en efecto, he visto su retrato que así le representa.

La dama le dirigió en cierta ocasión uno de sus criados de confianza con un mensaje en que le decía, que una bella y honesta señora estaba apasionada de él, y que apreciaría su correspondencia mas que la de ningún cortesano; pero que no quería, por todo cuanto vale el mundo, que la viese ni conociese; que á la hora de acostarse, y cuando todos los de la corte se hubiesen retirado, le iría á buscar y conduciría á cierto lugar, desde donde el mensajero le conduciría á casa de aquella dama; con la

condición precisa de venderle los ojos con un bonito pañuelo blanco, á la manera de un trompeta parlamentario que entra en ciudad enemiga, á fin de que no pudiera ver ni reconocer el lugar ni el aposento en donde se verificaría la entrevista; que se le tendrían las manos continuamente sujetas para que no pudiese desembarazarse de la venda, porque así era la orden de su señora, que no quería ser conocida de él hasta algun tiempo después cierto y prefijado que le dijo y prometió... Partió el mensajero después de esta conferencia con Gruffy, quedando éste pensativo sobre si sería alguna treta de algun enemigo suyo de la corte; pero como hombre jóven y deseoso de aventuras, no dejaba de interesar su curiosidad el pensar qué clase de dama sería, si sería alta ó mendiana, ó pequeña, hermosa ó fea. Después de conferenciar con un amigo, determinó correr el riesgo, considerando que por el amor de una gran señora, que presumía fuese, no debía manifestarse con cobardía. Al día siguiente, cuando el rey, la reina, las damas y todos los de la corte se habían retirado para acostarse, no dejó de encontrarse en el lugar que le había designado el mensajero, quien no tardó en venir á la cita. Al punto que le vió solo, le dijo: *Vamos, señor, la dama os espera.* Con los ojos vendados fue conducido por lugares estrechos, oscuros y desconocidos; después entró en el dormitorio oscuro y sombrío de la dama, para que no pudiera ver ni conocer.

Le hizo esperar alguna cosa buena lo perfumado de la habitación, y bien pronto fue llevado por la mano, después de haberse despojado de la venda, á un lecho donde se le aguardaba.

Al día siguiente, al rayar el día, no faltó el mensajero á despertarle, vestirle y venderle, para conducirle al mismo lugar donde le había citado, y en la despedida solo le dijo: Adios, hasta la vuelta, que será bien pronto.

El hermoso Gruffy, después de haber dado mil veces las gracias, le dijo adios, y le aseguró que estaría siempre pronto á volver, lo cual hizo efectivamente, porque la fiesta duró un mes, al cabo del cual, tuvo Gruffy que partir para su viaje á Nápoles. Se puso á las órdenes de su dama, y la dió un adios lleno de sentimiento, sin que pudiera sacar en ocasión alguna una palabra de su boca; percibía sus suspiros, y las lágrimas que corrían por sus mejillas; pero partió sin conocerla y sin tener indicio alguno que pudiera en lo sucesivo dársela á reconocer.

En medio de aquellas costumbres licenciosas, frívolas, es preciso dar su lugar á la reforma. Esta tenía la pretensión de reproducir el primer cristianismo entre los cristianos viejos, así como Francisco I quería resucitar la caballería en los portadores de los mosquetes y arcabuces.

La reforma es el acontecimiento mas importante de aquella época; abre los siglos modernos, y los separa del siglo indeterminado, que siguió á la desaparición de la edad media.

Hasta entonces se habían visto frecuentemente herejías en la Iglesia Latina, pero poco durables, y no habían alterado nunca el orden político. El protestantismo fue desde su origen un asunto de Estado. Las metamorfosis ejecutadas en las leyes y en las costumbres debían necesariamente acarrear mudanzas en la religión; era imposible que el exterior del edificio cambiase, sin que las bases mismas de este edificio no fuesen conmovidas.

La reforma despertó las ideas de la antigua igualdad, y condujo al hombre á inquirir, buscar y aprender. Esto fue, hablando con propiedad, la verdad filosófica que revestida de una forma cristiana, atacó la verdad religiosa. La reforma sirvió poderosamente para transformar una sociedad completamente militar en una sociedad civil é industrial: este bien es in-



menso, pero tambien vino involucrado con mucho mal y la imparcialidad histórica no permite callarlo.

El cristianismo empezó en los hombres por las clases plebeyas, pobres é ignorantes. Jesucristo llamó los pequeños, y éstos se acercaron á su Maestro. La fe subió poco á poco á las altas categorías sociales, y se apoderó, en fin, del trono imperial. El cristianismo era entonces católico ó universal; la religion llamada católica partía de abajo para llegar á las eminencias sociales. Hemos visto que el papado no era mas que el tribunado de los pueblos cuando llego la edad política del cristianismo.

El protestantismo siguió un camino opuesto; se introdujo por la cabeza del cuerpo político, por los príncipes y los nobles, por los sacerdotes y los magistrados, por los sabios y las gentes de letras, y descendió lentamente á las condiciones inferiores; las huellas de estos dos orígenes han permanecido distintas en las dos comuniones.

La comunión reformada no ha sido nunca tan popular como el culto católico; siendo aquella de raza principal y patricia, no simpatiza con el vulgo. Equitativo y moral, el protestantismo es exacto en sus deberes; pero su bondad pertenece mas al dominio de la razon que al de la ternura: viste al desnudo, pero no le abriga en su seno; abre asilos á la miseria, pero no vive y no llora con ella en sus abyectas moradas; alivia el infortunio, pero no participa de él. El monje y el cura son los compañeros del pobre; pobres como él, tienen por compañeras las entrañas de Jesucristo; los harapos, la paja, las llagas; los calabozos no les inspiran ni disgustos ni repugnancia; la caridad ha derramado perfumes sobre la indigencia y la desgracia. El sacerdote católico es el sucesor de los doce hombres del pueblo que predicaron á Jesucristo resucitado; bendice el cuerpo del pobre que ha espirado, como el despojo sagrado de un ser amado de Dios y resucitado en la vida eterna. El pastor protestante abandona al necesitado en su lecho de muerte; para él las tumbas no son una religion, porque no cree en estos lugares expiatorios donde las oraciones de un amigo llegan á libertar un alma que padece: en este mundo no se precipita en medio del fuego, de la peste y guarda para su familia particular aquellos cuidados afectuosos, que el sacerdote de Roma prodiga á la gran familia humana.

Bajo el aspecto religioso, la reforma conduce insensiblemente á la indiferencia ó á la ausencia completa de la fe: la razon no es mas que la independencia del espíritu tocando en dos abismos, la duda ó la incredulidad.

La reforma, por una reaccion natural, resucitó al mostrarse al mundo el fanatismo católico que se extinguía. Podía ser acusada de haber sido la causa indirecta de los horrores de la jornada de San Bartolomé, de los furiosos de la liga, del asesinato de Enrique IV, de las matanzas de Irlanda, de la renovacion del edicto de Nantes y de las dragonadas. El protestantismo gritaba contra la intolerancia de Roma, degollando los católicos en Francia, arrojando al viento las cenizas de los muertos, encendiendo las hogueras de Sirven en Ginebra, denigrándose con las violencias de Munster, dictando las leyes atroces que abrumaban á los irlandeses, y que apenas han conseguido hoy librarse de ellas, despues de dos siglos de opresion. ¿Qué pretendía la reforma relativamente al dogma y la disciplina? Creía razonar bien negando algunos misterios de la fe católica, al mismo tiempo que retenia otros no menos difíciles de comprender. Atacaba los abusos de la corte de Roma. ¿Pero estos abusos no serian destruidos por los progresos de la civilizacion? ¿No se revelaban de todas partes y desde tiempos lejanos, contra este abuso? ¿Erasmo, Rabelais y otros muchos, no comenzaron á notar y hacer sentir sin el auxilio de Lutero, que los vicios del

poder ilimitado y la grosería de la edad media, habian introducido en la Iglesia? ¿Los reyes, no habian sacudido el yugo de los papas? ¿El cisma del siglo IV, no habia atraído los ojos hasta del vulgo sobre la ambicion del gobierno pontificio? ¿Los magistrados, no ordenaban rasgar y quemar las bulas?

La reforma, penetrada del espíritu de su fundador, monje envidioso y bárbaro, se declaró enemiga de las artes. Estrechando la imaginacion y las facultades del hombre, cortó las alas al genio y le arrojó á los pies. La reforma estalló por causa de algunas limosnas destinadas á levantar en el mundo cristiano la basilica de San Pedro: ¿Los griegos, hubieran rehusado los auxilios pedidos á su piedad para edificar un templo á Minerva?

Si la reforma en su origen, hubiera tenido un pleno éxito, habria establecido, á lo menos durante algun tiempo, otra especie de barbarie: tratando de superstición la pompa de los altares, de idolatría, las obras maestras de escultura, arquitectura y pintura, tendia á hacer desaparecer la elevada elocuencia y la sublime poesia, á deteriorar el gusto por el repudio de los modelos, á introducir alguna cosa seca, fria, y recelosa en el espíritu, á sustituir una sociedad afectada y del todo material á una sociedad sencilla y toda intelectual, á poner las máquimas y el movimiento de una rueda en lugar de las manos y de una operacion mental. Estas verdades se confirman por la observacion de un hecho.

En las diversas ramas de la religion reformada, esta comunión se ha acercado mas ó menos á lo bello, segun se ha apartado mas ó menos de la religion católica. En Inglaterra, donde la gerarquía eclesiástica se sostiene, las letras tienen su siglo clásico. El luteranismo conserva las chispas de imaginacion que pretende extinguir el calvinismo, y asi sucesivamente va descendiendo hasta el cuácaro, que quisiera reducir la vida social á la tosquedad de los modales y á la práctica de los oficios mecánicos.

Shakespeare, segun todas las probabilidades, era católico. Milton, visiblemente ha imitado algunos pasajes de los poemas de Santa Avita y de Masenio; Klopstok ha adoptado la mayor parte de las creencias romanas. En muchos dias, en Alemania, no se manifiesta la alta imaginacion mas que cuando el espíritu del protestantismo se debilita y desnaturaliza: Goethe y Schiller han desarrollado su númer al tratar asuntos católicos: Rousseau y Mad. Stael son una escepcion de la regla; ¿pero eran ellos protestantes á la manera de los primeros discípulos de Calvino? A Roma es á donde los pintores, los arquitectos y los escultores de los cultos disidentes van hoy á buscar inspiraciones que la tolerancia universal les permite recoger. La Europa, ¿qué digo? el mundo está cubierto de monumentos de la religion católica. A ella se debe esta arquitectura gótica que rivaliza en detalles, y que borra por su grandeza los monumentos de la Grecia. Tres siglos hace que el protestantismo ha nacido; es poderoso en Inglaterra, en Alemania y en América; se practica por millones de hombres: ¿qué ha hecho? Os manifestará ruinas, entre las cuales han plantado algunos jardines ó establecido algunas manufacturas. Rebelde á la autoridad de las tradiciones, á la experiencia de las edades, á la antigua sabiduría de los viejos, el protestantismo se separó de lo pasado para plantar una sociedad sin raices. Reconociendo por padre á un monje alemán del siglo XVI, el reformado renuncia á la magnífica genealogía, que el católico hace subir por una continuacion de santos y de hombres grandes hasta Jesucristo: de aquí hasta los patriarcas y hasta la cuna del universo. El siglo protestante niega desde su primera hora todo parentesco con el siglo de aquel Leon, protector del mundo civilizado contra Atila, y con el siglo del otro Leon, que poniendo fin al mundo bárbaro, embelleció la so-

ciudad cuando no era ni aun preciso defenderla.

Si la reforma coartaba el genio en la elocuencia, la poesia y las artes, comprimía asimismo los grandes corazones en la guerra; pues el heroísmo es la imaginacion en el órden militar. El catolicismo habia producido los caballeros, el protestantismo hizo capitanes, bravos y virtuosos como Lanoue, pero sin brillo, y frecuentemente cruels á sangre fria, y menos austeros de costumbres que de espíritu: los Chatillon siempre fueron eclipsados por los Guisa. El solo guerrero de movimiento y de vida que los protestantes contaron entre sí, Enrique IV, se les escapó. La reforma bosqueja á un Gustavo Adolfo, á un Carlos XII y á un Federico; pero no hubiera creado á Bonaparte, como abortó á Tillotson y al ministro Claudio, y ni amamantó á Fenelon y á Bossuet, como educó á Iñño Jones y Webb, ni tampoco dió vida á Rafael y Miguel Angel.

Se ha dicho que el protestantismo habia sido favorable á la libertad política, y habia emancipado las naciones. ¿Hablan los hechos como las personas?

Cierto es que en su nacimiento la reforma fue republicana, pero en sentido aristocrático, porque sus primeros discípulos fueron gentiles hombres. Los calvinistas soñaron en una especie de gobierno de principados federales, que los hubiera asimilado al imperio germánico; cosa estraña! se hubiera visto renacer el feudalismo del protestantismo. Los nobles se precipitaron por instinto en este culto nuevo, al través del cual se exhalaba hasta ellos una especie de reminiscencia de su poder desvanecido. Pero pasado este primer fervor, los pueblos no adquirieron del protestantismo ninguna libertad política.

Dirigese la vista al Norte de Europa, á los paises donde nació la reforma ó donde aun se mantiene, y por todas partes se verá la voluntad de un señor; la Suecia, la Prusia, la Sajonia permanecen aun hoy bajo la monarquía absoluta; la Dinamarca vino á ser un despotismo legal. El culto protestante no tuvo lugar en los paises republicanos; no pudo invadir á Génova y apenas obtuvo en Venecia y en Ferrara una pequeña iglesia secreta que dejó pronto de existir: las artes y el bello sol del Mediodia le eran mortales. En Suiza no tuvo éxito mas que en los cantones aristocráticos, análogos á su naturaleza, y aun con una gran efusion de sangre. Los cantones populares ó democráticos, Schwitz, Ury y Underswald, cuna de la libertad helvética, lo rechazaron. En Inglaterra no ha sido el vehículo de la constitucion, formada mucho antes del siglo XVI en el seno de la fe católica. Cuando la Gran Bretaña se separó de la corte de Roma, el Parlamento ya habia formulado sus leyes y depuesto soberanos; los tres poderes eran distintos; las contribuciones y el ejército, no se imponian sino de consentimiento de los Lores y de los Comunes; se habia organizado la monarquía y progresaba; el tiempo, la civilizacion, las luces crecientes, le hubieran añadido los resortes que le faltaban, lo mismo bajo la influencia del culto católico, como bajo el imperio del culto protestante. El pueblo inglés estuvo tan lejos de obtener una estension en sus libertades por el cambio de la religion de sus padres, que por el contrario, jamás el senado de Tiberio llegó á ser tan vil como el parlamento de Enrique VIII; este parlamento llegó hasta proclamar que la sola voluntad del tirano fundador de la Iglesia Anglicana tenia fuerza de ley. ¿La Inglaterra fue mas libre bajo el cetro de Isabel que bajo el de María? La verdad es que el protestantismo no ha cambiado nada en las instituciones: allí donde ha encontrado una monarquía representativa ó repúblicas aristocráticas, como en Inglaterra y en Suiza las ha adoptado: allí donde ha encontrado gobiernos militares, como en el Norte de Europa, se ha acomodado á ellos, y los han hecho mas absolutos.

Si las colonias inglesas han formado la república

popular de los Estados-Unidos, no han debido su emancipacion al protestantismo; no son las guerras religiosas las que las han libertado; se han sublevado contra la opresion de la madre patria protestante como ellos. El Maryland, Estado católico y poco poblado hizo causa comun con los otros Estados, y en el dia la mayor parte de los Estados de Oeste son católicos; los progresos de esta comunión en este país de libertad cambian el dominio de cualquiera creencia, porque se rejuvenece allí en su elemento natural popular, mientras que las otras comuniones mueren en una indiferencia profunda. Finalmente, despues de esta gran república de las colonias inglesas protestantes, se fundaron las grandes repúblicas de las colonias españolas católicas; pero tambien es cierto que estas, para llegar á la independencia, han tenido muchos mas obstáculos que superar, que las colonias anglo-americanas, educadas en el gobierno representativo, antes de haber roto el débil lazo que las unia al seno maternal.

Una sola república se ha formado con el auxilio del protestantismo, la república de Holanda; pero es preciso tener presente que la Holanda pertenecía á aquellos municipios industriales de los Paises-Bajos que, durante mas de cuatro siglos lucharon por sacudir el yugo de sus príncipes, y se administraron en forma de repúblicas municipales, y que todas eran celosas católicas. Felipe II y los príncipes de la casa de Austria, no pudieron ahogar en Bélgica este espíritu de independencia; y hoy dia mismo son los sacerdotes católicos los que contribuyen á sostenerla en el estado republicano.

Es preciso deducir de la íntima investigacion de los hechos, que el protestantismo no ha libertado á los pueblos: ha traído á los hombres la libertad filosófica, no la libertad política, porque la primera libertad no ha conquistado en ninguna parte la segunda, sino es en Francia, verdadera patria del catolicismo. ¿Cómo es que Alemania, muy filosófica por su naturaleza, y armada del protestantismo, no ha dado un paso hacia la libertad política en el siglo XIX, mientras que la Francia, muy poco filosófica por temperamento, y bajo el yugo del catolicismo, ha conquistado en el mismo siglo todas sus libertades?

Descartes, fundador de la duda razonada, autor del Método y de las Meditaciones, destructor del dogmatismo escolástico, Descartes, que sostenia que para llegar á la verdad era preciso deshacerse de todas las opiniones recibidas; Descartes, fue tolerado en Roma, pensionado por el cardenal Mazarino, y perseguido por los teólogos de Holanda.

El hombre de teoría desprecia soberanamente la práctica: juzgando desde la altura de su doctrina las cosas y los pueblos, meditando sobre las leyes generales de la sociedad, llevando el atrevimiento de sus observaciones hasta los misterios de la naturaleza divina, se siente y se cree independiente, porque no tiene mas que el cuerpo encadenado. Pensarlo todo y no hacer nada, es á la vez el carácter y la virtud del genio filosófico: este genio desea la dicha del género humano; el espectáculo de la libertad le encanta, pero poco le importa contemplarlo al través de las rejas de una prision como Sócrates. El protestantismo ha ayudado á las concepciones del espíritu; pero desgraciadamente las inteligencias que ha dado á la luz del dia hasta el presente, no han sido mas que unas bellas esclavas.

Ademas, la mayor parte de estas reflexiones sobre la religion reformada, no se deben aplicar sino al pasado; en el dia los protestantes, asi como los católicos, no son lo que han sido; los primeros han ganado en imaginacion, en poesia, en elocuencia, en razon, en libertad, en verdadera piedad, lo que los segundos han perdido. Las antipatías entre las diversas comuniones no existen; los hijos de Cristo,



de cualquiera línea que provengan, se han abrazado al pie del Calvario, tronco común de la familia. Los desórdenes y la ambición de la corte romana han cesado; no queda al Vaticano más que la virtud de los primeros obispos, la protección de las artes, y la magestad de los recuerdos. Todo tiende á reorganizar la unidad católica; con algunas concesiones de una y de otra parte, el convenio se hacia bien pronto. Vuelvo á decir lo que ya he dicho en esta obra; para un nuevo esplendor, el cristianismo no espera más que un genio superior venido á su hora y en su lugar. La religion cristiana entra en una nueva era; como las instituciones y las costumbres, sufre la tercera transformación; cesa de ser política; llega á ser filosófica sin dejar de ser divina, su círculo flexible se estiende con las luces y las libertades, mientras que la cruz presenta siempre su centro inmóvil.

#### ENRIQUE II.

(Desde el 1547 al 1559).

Los doce años del reinado de Enrique II, no fueron otra cosa más que la escena que precedió á aquella sociedad nueva formada bajo los últimos Valois, y que no se parece ya á la sociedad iniciada bajo Luis XI, y acabada bajo Francisco I. Como acontecimientos son notables; la batalla de San Quintin, perdida por el mariscal Saint-André; el abandono del sitio de Metz, defendido por el duque de Guisa; la toma de Thionville y de Calais por este mismo príncipe, lo que dió fin á las conquistas de Eduardo III, y constituyó las fronteras militares de Francia y la liga, para la defensa de la libertad germánica entre Enrique II, el elector de Sajonia y el marqués de Brandebourg. La paz de Chateau-Cambresis, obra del condestable de Montmorency, hizo perder á Enrique II las ventajas que volvía á adquirir sobre las armas españolas.

Los demás acontecimientos son: el casamiento de Juana de Albert, heredera de Navarra, con Antonio de Borbon, padre de Enrique IV; el matrimonio de María Estuardo con Francisco, Delfin; el advenimiento al trono de Inglaterra de María, la cual restableció un momento la religion católica, y dejó la corona á otra mujer, la famosa Isabel; y por último, la abdicación y muerte de Carlos V.

En el interior de la Francia, la persecucion contra los reformados se estendió y se regularizó por intervencion de la ley; el edicto de Ecouen los castigó de muerte con prohibicion de aminorar la pena. Enrique II hizo prender (1559) cinco consejeros del parlamento de Paris, acusados de factores de herejía; entre estos consejeros se encontraban Luis Faure y Anne Dubourg, que osaron vituperar á Enrique sus adulterios, atacar los vicios de la corte de Roma, y anunciar que el poder de las llaves declinaba hácia su ruina. El tormento llamado *bautismo de fuego*, consistía en suspender al atormentado sobre una hoguera y bajarlo y subirlo diferentes veces sobre la llama: Enrique II y Diana de Poitiers asistieron al espectáculo de este suplicio como por pasatiempo. El admirante de Coligni empezaba á figurar, las tres facciones de Montmorency, de Chatillon y de Guisa, se iban organizando. Entonces, que el espíritu humano tenia un instrumento para multiplicar la palabra y difundir el pensamiento en las masas; cuando todo se penetraba de luz y de inteligencia, la monarquía, pronta á vencer las últimas prerogativas aristocráticas, se entregaba á todos los abusos, y á todos los vicios, posicion anticipada del poder absoluto.

#### FRANCISCO II.

(Desde el 1559 al 1560).

El reinado de Francisco II, de Carlos IX, de Enrique III, y una parte del reinado de Enrique IV, hasta la rendicion de Paris, no forman más que un solo drama, cuyas principales figuras son: en las mujeres: Catalina de Médicis, Margarita de Valois, María Estuardo, Juana de Albert, la duquesa de Nemours, madama de Montpensier, madama de Aumale, madama de Noirmontiers, Gabriela de Estrées, y algunas otras; en los hombres, entre los príncipes los prelados y los guerreros, los dos primeros Guisas Francisco de Guisa y el cardenal Lorraine; la segunda generacion de los Guisas, Enrique llamado el Acuchillado (*Balafré*), el cardenal de Guisa y el duque de Mayenne, el duque de Nemours, el condestable Anne de Montmorency, el almirante de Coligni, y los Chatillon; los príncipes de la familia real, Antonio rey de Navarra, su hijo Enrique de Bearn, y los dos príncipes de Condé; entre los magistrados, L'Hopital el primer Molé, Harlay, Brisson y de Thou.

En el segundo plano del cuadro, los personajes son: los hijos de honor de Catalina de Médicis, los donceles de Enrique III y de su hermano el duque de Alençon, los satélites de Guisa, Maugiron, Saint-Mesgrin, Joyense, D'Espéron, Bussy, los grandes asesinos de la jornada de S. Bartolomé, Maurevert, Besme, Coconas, Tomas, el perfumista de Catalina de Médicis, sin olvidar á Poltrot, Jacobo Clemente, y en fin Ravallac, que cerró más tarde la lista de estos asesinos.

No deben ser olvidados los sabios y literatos en esta escena, porque cada uno representó un papel segun la religion que profesaba: Juan de Bellay, cardenal, Melanchthon Beauvais, gobernador de Enrique IV; Juan Calvino, Carlos Estévan, Estévan Jodelle, Carlos Dumoulin, Enrique D'Oysel, Pedro Ramus, Tillet, Belleforest, Juan de Montluc, obispo de Valencia, Fibrac, Ronsard, Saint-Gelais Amyot, Bodin, Charron, Cujas, Fauchet, Garnier, Haillant, Lipse, de Mesme, Miron, Montaigne, Nicot, D'Ossat, Passeras, Piton, Scaliger, y de Serres. Entonces el Taso cantaba á la Italia las glorias de los antiguos caballeros, á que Cervantes iba á dar una especie de inmortalidad en España; Camoens cantaba nuevos descubrimientos en las regiones de Oriente; el genio de la edad media aparecía en la tierra con el Dante, y descendía á la tumba con Shakespeare; Tico Brahe, abandonando completamente el verdadero sistema del mundo desenvuelto por Copérnico, adquiría el título de restaurador de la astronomía en aquellas regiones de que los romanos no habian oido hablar más que como de la patria desconocida de los bárbaros destructores de su Imperio.

En los tronos extranjeros los personajes dignos de nota eran Sisto V, Isabel y Felipe II. De los cuatro reyes que gobernaron la Francia en aquellas revueltas, Francisco II, Carlos IX, Enrique III y Enrique IV, el primero no es célebre más que por la belleza é infortunios de su viuda, aquella María Estuardo que trasmitió á su hijo un lombre funesto y una sangre de cadalso.

El gobierno bajo Francisco II cayó en manos de los tíos maternos de este joven monarca. Francisco de Guisa y el cardenal Lorraine. El cardenal tenia relaciones íntimas con Catalina de Médicis: «Un amigo mio no hugonote, dijo l'Estoile, me ha contado que estando acostado con un ayuda de cámara del cardenal, en un aposento por donde se pasaba al de la reina madre, vió á eso de la media nohe-

al dicho cardenal con el traje de dormir sobre sus espaldas, que pasaba para ir á ver á la reina: el amigo le dijo, que si llegaba alguna vez á hablar acerca de lo que habia visto, perderia la vida.»

El condestable de Montmorency y la duquesa de Valentinois vieron desaparecer su prestigio. Antonio de Borbon y el cardenal su hermano fueron enviados á España bajo el pretexto de conducir allí á Isabel de Francia á Felipe II. La conspiracion de Amboise contra los Guisa, estalló, siendo secretamente dirigida por el príncipe de Condé.

Se promulgó el edicto de Romorantin, por el cual los obispos quedaron investidos del conocimiento del crimen de herejía. L'Hopital fue desgraciadamente el autor de este edicto; pero no le redactó más que para impedir el establecimiento de la Inquisicion.

Se verificó la convocacion de los estados de Orleans, á donde fueron citados el rey de Navarra y el

príncipe de Condé; el príncipe de Condé fue arrestado como jefe de una conspiracion nueva, á consecuencia de lo cual fue juzgado y condenado á perder la cabeza, de cuya sentencia se libró por muerte de Francisco II (1559, 1560).

#### CARLOS IX.

(Desde el 1560 al 1574.)

Los estados de Orleans de 1560 quisieron separarse á la muerte del rey, diciendo que sus poderes habian concluido: pero fueron retenidos con arreglo al principio de que el rey muerto hace aparecer al rey vivo; es decir, que la autoridad real no perece. Hicieron la ordenanza sobre materias eclesiásticas, el reglamento de justicia y las sustituciones reducidas á dos grados. Las ordenanzas ó decretos de los estados li-



TERRORES DE CARLOS IX.

garon tampoco la autoridad real, que Carlos IX revocó por su declaracion de Chartres (1562) el artículo 1.º de la ordenanza de Orleans, que restablecía la pramática.

Catalina de Médicis, sin ser regente del reino bajo la minoría de Carlos IX, gozó de una autoridad que se prolongó durante el reinado de este príncipe y el de Enrique III. Tantas veces se ha pintado el carácter de esta mujer, que no presenta más que un lugar común muy gastado: una cosa sola es de notar; Catalina era italiana, hija de una familia comerciante, elevada al principado en una república; estaba acostumbrada á las tormentas populares, á las facciones, á las intrigas, á los envenenamientos y á las puñaladas: no tenia ni podía haber formado juicio exacto de la aristocracia ni de la monarquía francesa. Le era desconocida aquella gravedad por parte de los grandes, aquel desprecio por parte de los pequeños, aquellas pretensiones del derecho divino, aquel amor del poder absoluto, en tanto que era el monopolio de una raza:

no conocía, finalmente, las leyes francesas, y se cuidaba muy poco de conocerlas; queria que la corona pasase á su hija. Era incrédula y supersticiosa como los italianos de su tiempo; no tenia en su cualidad de incrédula aversion ninguna hácia los protestantes, y los hacia asesinar por política. En fin, si se la sigue en todos sus pasos, se puede observar que no vió en el vasto reino de que era soberana, más que una Florencia engrandecida, los motines de su pequeña república, las sublevaciones de un barrio de su ciudad natal contra otro barrio, y las querellas de los Pazzi y de los Médicis en la lucha de los Guisas y de los Chatillonos.

A esta época se refiere el triunvirato del duque de Guisa, del condestable de Montmorency y del mariscal Saint-André. El rey de Navarra dió su apoyo á este triunvirato. Celebróse la conferencia de Poissy, donde el cardenal Lorraine habló en defensa de los católicos, y Teodoro de Beza de los hugonotes. El príncipe de Condé fue absuelto de la conjuracion de